

FABIO MORÁBITO

POEMA

Sentado sobre el borde
de una especie de pirámide,
los pies colgando como un niño,
miro la turbulencia de la lava
que han encerrado en este círculo
y oigo a lo lejos el ruido
de unos autos.

Me arrulla ese sonido y ver
las rocas me hipnotiza.

La gente habla en voz baja
como si entrara a un templo
y los que quieren caminar
sobre la lava

se paran en el borde
y estudian la conformación rocosa
que tiene un sinsabor
de océano dividido
y un aire de ser piedra sólo
en las orillas, aunque
tal vez todas las piedras
son de lava

y no han dejado de enfriarse,
e imperceptibles círculos y rasgos
interiores,

si conociéramos el arte
de abrir piedras,
nos mostrarían la lentitud
de su convalecencia,
como sucede con los árboles;
pero ¿quién puede abrir,
que no es lo mismo que partir
en dos, o en tres, o en mil,
lo que se dice abrir, las piedras?

Si se les mira mucho
acaban por mostrar
su gris más íntimo,

y un poco de ese gris,
que a lo mejor sólo los pájaros
distinguen,
me ayuda a hacer la digestión
sentado sobre el borde
de esta especie de pirámide,
los pies colgando en el vacío.
Debí de ser en otro tiempo
un ave de rapiña
muy poco dado a las alturas,
de giros breves y precisos,
conocedor de cada espasmo
de su entorno.
Ésta es mi altura,
a media altura,
donde se acaban las pirámides,
la altura de mi enfermedad
cuando vivía en un primer piso,
conocedor de cada espasmo
de la calle.
Tengo la justa elevación
de los monólogos,
tal vez la justa elevación
de la locura,
y observo
el gris del fondo del cansancio
de las piedras
que es el secreto combustible
de los pájaros,
el gris del fondo de su vuelo
y el gris que ayuda
a todas las acciones;
pero tal vez la lava no es de piedra
y ningún círculo la enfría,
sólo la enfrían
los vuelos de los pájaros
que van en el sentido de su fluido. ■